

DE LA SOCIEDAD DE LA DESINFORMACIÓN A LA SOCIEDAD DE LA DESOLACIÓN

Recibido: 16 noviembre 2021 Aprobado: 6 febrero 2022*

MIGUEL ÁNGEL LÓPEZ CARRASCO

Universidad Popular Autónoma del Estado de Puebla

Puebla, México

miguel.lopezcarrasco@gmail.com

Resumen

Antes de la pandemia la sociedad estaba envuelta en una carrera en la que la tecnología parecía tener el control, y con el paso del tiempo, fue sufriendo las consecuencias del uso y abuso de los megacambios generados por la revolución digital. Más que informarse, la sociedad tendrá que aprender a desinformarse o, dicho de otra manera, a ser más crítica de todo dato que consume, además de estar consciente de que toda transformación no implica sino la visión que vamos construyendo de nuestra realidad. En medio de todo tipo de comunicación hipermedial, se ha dado un gran impacto en la forma de conversar con el otro, pues pareciera ser que solo se establecen soliloquios, como en las redes sociales. La sociedad requiere de aprender a conversar de manera auténtica, aún con sus escasos interlocutores, estando atentos para no caer en las “tecnopatologías” de nuestro tiempo. Debido al Covid-19, el mundo ha enfrentado la mayor crisis sanitaria a nivel global, por lo cual se produjo un impacto

social donde la desolación y el desconcierto han sido la constante. Esta contingencia repercutió en la forma de interactuar, de trabajar, de estudiar, modificando la relación del individuo con el mundo, y ello implica hacer un alto y revisar la necesidad de una ética digital para una nueva condición humana.

Palabras clave: Covid-19, comunicación interactiva, ética de la comunicación, digitalización, desinformación, sociología del cambio.

Abstract

Before the pandemic, society was involved in a race in which technology seemed to be in control, and as time passed, it suffered the consequences of the use and abuse of the mega changes generated by the digital revolution. More than being informed, society will have to learn to be desinformed, or to be more critical of all the data it consumes, in addition to being aware that any transformation implies no other than the



vision that we are building of our reality. Amidst all types of hypermedia communication, little or nothing has an impact on the way of talking with the other to one another, since it seems that only soliloquies are established, as in social networks. Society requires learning to talk authentically, even if its to just a few partners, being careful not to fall into a technopathologie. Faced with Covid-19, the world has dealt with the greatest health crisis globally, which produced a social impact

where the desolation and confusion were a constant. It had an impact on the way of interacting, working, studying, and it modified the relationship of the individual with the world. It is necessary to stop and to review the need for a digital ethics for a new human condition.

Keywords: Covid-19, communication ethic, digitalization, disinformation, interactive communication, sociology of change.

“Consumimos medios no para informarnos sino para confirmarnos”

Manuel Castells (2019)

INTRODUCCIÓN

El siglo XXI quedará marcado como una época de cambios y transformaciones económicas, sociales, tecnológicas, científicas y sanitarias. En no más de tres décadas, el mundo es completamente distinto al haber aparecido nuevos paradigmas que intentan marcar un hito en los tiempos que corren, y donde otros más se resisten a la innovación e intentan sujetarse a modelos conocidos que ofrecen seguir viviendo en un mundo lleno de certezas, alejado de la incertidumbre, el caos o lo complejo.

Lamentablemente, y como consecuencia de la pandemia del Covid-19, nuestro mundo –lleno de orden, estabilidad y predictibilidad– dejó de ser lo que era. Como se expone a continuación, en plena era posmoderna se requieren nuevas miradas que permitan recrear una realidad diferente y, por ende, un mundo marcado por procesos tecnocientíficos más abiertos y de mayor impacto, sobre todo más humanos para que el impacto sea favorable para la vida de cualquier persona.

Este cambio y transformación se ve reflejado en los procesos socioemocionales de hombres y mujeres en los sistemas de relación más recientes, y por consiguiente de socialización, donde los actuales sistemas de información y comunicación mantienen una ventaja considerable respecto a los sistemas tradicionales, al establecer procesos comunicacionales y relacionales a los que hasta hace no mucho estábamos poco acostumbrados.

Por lo tanto, y como parte del contexto tecnocientífico de nuestra era, la sociedad se ha visto impactada con procesos de interacción novedosos, cuya huella ya es difícil de borrar. De igual forma, la manera para mantener una “conversación” es completamente diferente a la de hace algunos años, y lo mismo ha sucedido con el modo de pensar y entender el mundo, por lo que se han recreado situaciones cognitivas más abiertas, menos solemnes, a la vez complejas y caóticas, con el consiguiente impacto inmediato sobre nuestras relaciones (presenciales y virtuales) y sobre el modo como nos vemos a nosotros mismos.

LA SOCIEDAD DE LA “DESINFORMACIÓN”

Es muy probable que, en 1967, los desarrolladores de Arpanet jamás hubieran imaginado que la red de computadoras que interconectaron tendría tal impacto en la vida de las personas y de la sociedad en general. De ser un proyecto militar ultrasecreto, y tras ser desclasificado por el Departamento de Defensa de los Estados Unidos, se dio a conocer inicialmente a través del primer nodo en la Universidad de California, y de ahí –como bien se sabe– todo es historia.

Como consecuencia del vertiginoso desarrollo de la red de redes, los datos y la información fluyeron de manera explosiva como nunca. Fue tal el éxito de este proceso, que en 1973 Daniel Bell acuñó el término *sociedad de la información* en su libro “El advenimiento de la sociedad postindustrial” donde enfatizó el intercambio de ideas entre personas, como oposición a un mero informacionalismo, enfocado este último a la parte tecnológica y no a la parte social que Internet empezaba a tener detrás (Torres, 2005). Se fue perfilando entonces el uso de diversas Tecnologías de la Información y de la Comunicación (TIC), cuyo uso extremo condujo, según lo señala Byung-Chul Han (2014), al *síndrome de la fatiga por la información* a consecuencia de la cantidad de información creciente a velocidades extremas y que, como lo propone este autor, lleva a una parálisis de la capacidad analítica, lo cual limita la posibilidad de distinguir lo esencial de lo no esencial, por lo que desde su visión, “el lenguaje como medio de información carece de esplendor” (Han, 2020, p. 81).

En consonancia con lo anterior, Piscitelli (como se citó en Peña, 2010) señala que la proliferación exponencial de Internet ha llevado a la *infoxicación*, un trastorno causado por la acción de la sobreinformación, por lo que en nuestro tiempo se ha vuelto primordial *desinformarse más que sobreinformarse*, sobre todo por la ola de recursos digitales que están a nuestro alcance, siendo

caldo de cultivo para las noticias falsas (*fake news*), la suplantación de identidades, la simulación virtual, o la constante aparición de predicadores de las redes sociales (*influencers*). Como lo destaca Han, “*la hiperinformación y la hipercomunicación no inyecta ninguna luz en la oscuridad*” (2016, p. 80); al contrario, y según Leonhard (2018), la obesidad digital es una de las últimas pandemias, al sumergir a todos a un atracón de noticias, actualizaciones e información de diseño algorítmico, impactando de manera negativa en nuestro bienestar, dejándonos a la deriva de los *likes* y comentarios de nuestros “amigos o seguidores”, además del tsunami de datos, el cual cada vez es más difícil de asimilar y por lo tanto de discernir.

Han (2021b) remata diciendo que en la actualidad se produce y consume más información que cosas, lo que él denomina *infomanía*, por lo que todos somos *infómanos*; sin embargo, la información por sí misma no ilumina al mundo, a veces lo oscurece a través de noticias falsas –en ocasiones más eficaces que los hechos reales– por lo que es imperativo no caer en la miopía y la precipitación ante su consumo. Nos sugiere aprender a ser libres, dejando de lado a los nuevos señores feudales (*Facebook, Google*), quienes nos explotan, vigilan o controlan, al presentar una realidad que solo toca la superficie informativa. En términos de contacto con la información, propone aprender a ejercer un análisis profundo de la misma, un análisis que permita enfrentar al mundo sin falsear los acontecimientos.

LA SOCIEDAD DE LA TRANSFORMACIÓN

Conforme el tiempo avanza, la atribución de diversos calificativos a este nuevo entorno tecno-social se vuelve incesante. Se hace referencia a sociedades globales, del ocio, de masas, de consumo, o del capital tardío (Arenas-Dolz y Fernández, 2015). Incluso, algunos autores nos alertan sobre la prevalencia de la sociedad del cansancio o el aburrimiento (Han, 2014), de la sociedad de la ignorancia –en contraposición a la sociedad del conocimiento–, o de la sociedad de la desolación de hoy día, por lo que, según señalan Brey et al., la sociedad:

No es más que otra de las múltiples caras de la realidad en que vivimos, ya que en un mundo hiperconectado, gracias a las nuevas herramientas tecnológicas, nuestra capacidad para acceder al conocimiento se ve inexorablemente condicionada por la acumulación exponencial de información y las propiedades del medio como herramienta de acceso al conocimiento, y que

en lugar de posibilitarnos una visión cada vez más completa y exacta del mundo, a menudo nos lo muestra más caótico y desconcertante que nunca. (2009, p. 27)

Después de Arpanet, Internet “abandonó los laboratorios y se derramó por el mundo” (Scolari, 2010, p. 16). Para este mismo autor, a partir de su imparable desarrollo, la red ha cambiado la manera de percibir la realidad, sobre todo la manera de percibirnos a nosotros mismos. Su presencia ha creado una nueva narrativa pues –como lo apunta Nicanor Ursúa– a consecuencia de la digitalización, se ha transformado al mundo por conocer y al sujeto cognoscente, por lo que afirma que:

A través de la digitalización, producto del computar, pero a su vez de la interconexión de computadoras, los cambios recientes van más allá de la transmisión instantánea de datos, pues con la conformación del mundo digital se ha visto modificado al mundo por conocer, a los procesos para conocer y a la construcción del sujeto cognoscente, generando un desinterés por lo local y lo concreto, poniendo su acento en la deslocalización y la desmaterialización de la propia experiencia a través de una nueva realidad creada en el ciberespacio. (2014, p. 65)

Esta nueva experiencia nos crea y nos recrea, esto es, lo digital conforma nuestra nueva realidad, la cual puede ser no real: simplemente se nos presenta tal y como queremos percibirla. Se convierte en producto de nuestras necesidades.

Además de que Internet ha generado cambios en el propio yo, para Byung-Chul Han (2014), la revolución digital, a través de Internet y las redes sociales, ha impulsado un cambio y transformación en la sociedad. Para Han (2014), la comunicación digital elimina las distancias, logrando que lo público y lo privado se mezclen, generando a la vez una forma diferente de congregación o masa social a la que denomina *el enjambre digital*. Bajo este concepto, los seres humanos han dejado de ser solo receptores y consumidores pasivos de información, para pasar a ser emisores y productores activos a través de sus dispositivos personales. De tal forma, para este mismo autor se ha dado pie a la generación de un *homo digitalis*, caracterizado por la hipercomunicación, casi siempre por medio de “ventanas” –o pantallas– que, si bien pareciera ser algo que empodera al sujeto, en realidad limita su intimidad pues esta se hace pública, reduciendo los espacios de silencio, ampliando a la vez de forma constante el “ruido comunicativo”. Nos dice Han: “cada vez consumimos más imágenes que miradas, y hemos dejado de lado lo corporal para dar un amplio espacio a lo táctil (el palpar con la punta de los dedos la pantalla)” (2014, p. 45). Desde esta visión,

la manera en la que conversamos con nosotros mismos, o con los demás, se ha modificado de manera drástica en no más de veinte años.

Como consecuencia de la presencia de la tecnología informática (TI), el siglo XX se encargó de iniciar una revolución sociocognitiva, la cual se vio reflejada en nuevas formas de entender al mundo y, por consiguiente, de construir y reconstruir nuestra propia realidad. De ahí a que, en pleno siglo XXI, hayamos transitado de un *homo videns* a un *homo informaticus*, y a la vez de un *homo legends*, sin dejar de lado al *homo conexus* bajo un paradigma de *homo contextus*, hasta encontrarnos con el *homo digitalis* (López Carrasco, 2017). Estos cambios en la constitución del sujeto cognoscente han provocado cambios evidentes entre diferentes clases y modos de conocer, de vivir y negociar el mundo en el que nos desenvolvemos, acarreado una revolución sociocognitiva de la especie humana (Ursúa, 2014).

LA SOCIEDAD DE LA CONVERSACIÓN

Para el nuevo ciudadano digital, las TIC se han quedado cortas, dando pauta al desarrollo de las tecnologías del empoderamiento y la participación (TEP). Estas últimas, producto de una sociedad interconectada, crean una nueva forma de entender al mundo y también de definirnos a nosotros mismos. Si bien en un principio pudiera parecer una interconexión caótica, estas tecnologías mantienen su poder a través de las redes sociales como *Facebook* (actualmente *Meta*), *Twitter*, *LinkedIn*, *Tik Tok* o *Instagram*, ya que todas ellas apuntan a una complejidad organizada a través de herramientas digitales que han sesgado la manera de producir –construir–, comprender, aprehender –apropiarse– y distribuir no solo conocimiento, sino también de establecer conexiones y contactos con el *yo* y el *tú* para crear un *nosotros*, mediante lo que se reconoce como la nueva *sociedad de la conversación*. En este entorno en el que actualmente todos somos prosumidores (productores y consumidores a la vez), las redes sociales se han encargado de transformar los vínculos entre personas mediante variados procesos de interacción, negociación y colaboración, aunque no precisamente de conversación.

De acuerdo con lo señalado por Verdú (como se citó en Fumero, 2007), los nuevos tiempos de la *blogósfera*, el mundo de las redes sociales, nos obligan a compartir con el otro intereses, opiniones y puntos de vista bajo una postura más *afectiva* que técnica. De la comunicación escrita en la red se ha pasado a la comunicación hipertextual estableciendo diálogos permanentes con nuestros

interlocutores, pero también con nosotros. Por lo tanto, en esta sociedad de la conversación aparece la necesidad de una “*computación afectiva*” en la que sea posible hablar de una tecnología emocional e incluso de una humanización de las máquinas, y no solamente de una respuesta reactiva al uso de estas. Bajo tal mirada, lo más relevante del desarrollo tecnológico de este siglo XXI no son las computadoras, los microprocesadores, los nodos o la nube, sino la transformación de la manera de relacionarnos y por lo tanto de establecer nuevos esquemas conversacionales, síncronos y asíncronos, con hombres y mujeres de cualquier parte del planeta, como si estuvieran junto a nosotros, a centímetros de distancia. Al respecto, y siguiendo la postura de Verdú anteriormente señalada, las máquinas se han vuelto un recurso fundamental para despertar y desarrollar emociones positivas o negativas, aunque bajo un acompañamiento *maquinal*.

Aparentemente, mediante las tecnologías de la participación existentes, todos conversamos entre todos; sin embargo, muchos de estos conversatorios pueden ser trampas que nos ponemos, pues nos conducen a auténticos soliloquios, ya que presumimos de nuestros miles de contactos, cuando la realidad nos esconde que aquellos que consideramos “amigos” son tan solo un puñado de personas.

Mediante las redes es posible que nos comuniquemos, aunque esto no garantiza que en realidad establezcamos un diálogo. A veces el uso de Facebook o Instagram acarrea riesgos, como el del *infoautismo* o *tecnoautismo* (Monereo, 2004), característico de aquellos que solo usan estos recursos para obtener beneficios propios a través de los demás con la única finalidad de aumentar el número de *likes*, pero no así para interactuar. Bajo esta perspectiva, el conversar no quiere decir que establezcamos un diálogo auténtico con otras personas; hay quien se comunica solo para incrementar su propia vanidad, sin importar si es quien dice ser detrás de la pantalla.

Ante la carencia de una verdadera conversación digital, los riesgos que corre una sociedad hiperconectada incluyen “*tecnopatologías*” como la pantalla refugio, un mundo paralelo, el narcisismo exacerbado o las nuevas adicciones, resultado del abuso al consumir los diversos recursos digitales de nuestra era. Ante un proceso de *infoxicación* Leonhard lanza una alerta, pues hoy se sabe que “las endorfinas y la dopamina se aceleran a través de nuestros cuerpos cuando un extraño, a miles de kilómetros de distancia, da un *like* a nuestras publicaciones” (2018, p. 103).

Para Reig y Vílchez (2013), la hiperconectividad de la sociedad nos ha llevado a procesos de *desindividualización*, pues como lo proponen Sprondel et al. (2011), a la red se le considera como

un medio de transformación del *self*, con amplias consecuencias en la vida de las personas. Si bien todos tenemos la posibilidad de establecer un sinnúmero de conversaciones virtuales mediante Internet, las redes sociales son vistas por muchos como el medio para cultivar la imagen, intercambiar significados, autoafirmarse, y también para estar al tanto de la vida de otros, a veces con muy poco interés para fortalecer relaciones o profundizar en el diálogo con ellos. De manera simplista, la red puede ser solo un espacio de proyección de nuestros deseos, ideales, miradas, y temores de todo tipo, gracias a la “sensación de anonimato” que nos permite escapar de nuestro *self* y de las normas de conducta de todos los días.

Bajo la mirada de la sociedad de la conversación, se requiere tomar conciencia de la necesidad de empoderar a los ciudadanos a través del desarrollo de nuevas competencias comunicativas, desde una perspectiva más cercana o humana que reduzca el individualismo y posibilite la participación de otros, bajo esquemas de respeto y tolerancia en los nuevos sistemas de conversación digital que están al alcance de todos. Como bien lo señala Balladares (2017, p. 546), “urge una ética digital para las nuevas generaciones del mundo digital”. Por lo tanto, según lo proponen Ballester y Colom (2017), la red nos posibilita una comprensión compleja de nuestro entorno, no solo para interactuar o comunicarnos, sino para colaborar y cooperar a la vez, desde una perspectiva de cognición social que impacte de manera directa el aprendizaje en red, con influencia en lo educativo, lo ambiental y lo laboral.

Las críticas hacia una nueva conceptualización de los procesos comunicacionales no han cesado. Pensar que vivimos en un mundo de certezas, bajo cánones optimistas deterministas, nos alejan de la era de la incertidumbre en la que hoy vivimos. Como lo indica Ramentol, lo complejo invade nuestra existencia, por lo que nuestra propia definición del *yo* se ha alterado a través de la forma de comunicarnos con los demás, principalmente a través de medios digitales; todo va demasiado de prisa, y “aquello que hoy parece inalterable e incluso necesario puede ser dudoso, inestable y superfluo” (2004, p. 11). El mañana es más complejo de lo que se creía. Como este mismo autor señala, no se tiene certeza de cuál será la estructura social a la que nos llevará la revolución de las comunicaciones y todos sus avances. En los últimos años, y a consecuencia de la pandemia por Covid-19, hemos aprendido a navegar entre la dinámica caótica, la lógica difusa, las estructuras disipativas, los fractales, el sinergismo y la teoría de las catástrofes, principalmente. El nuevo fluido comunicativo (verbal/no verbal) se ha tenido que modificar de manera sostenida, lo cual nos ha llevado a aprender a conversar de manera diferente, bajo estructuras complejas y caóticas de

manera directa, no solo con las personas, sino también con las diferentes aplicaciones de la tecnología informática, surgiendo de esta forma una conversación maquinal y, en consecuencia, nuevos procesos humanizadores con la intermediación de las aplicaciones tecnológicas actuales.

LA SOCIEDAD DE LA DESOLACIÓN (VIDA REMOTA DE EMERGENCIA)

Siguiendo la línea de pensamiento de Nassim Nicholas Taleb (2007), sin duda alguna, el año 2020 será recordado como el gran *cisne negro* del siglo XXI como consecuencia del Covid-19. Con el impacto de lo altamente improbable, no solo ha sido una rareza, sino que produjo un choque tremendo en todos, conduciendo a un entorno de incertidumbre, sobre todo de desolación, al trastocar la forma de trabajar, de comunicar, de interactuar, de establecer contacto, comprar, relajarse o divertirse. Según lo apuntó Žižek (2020), el virus por todos conocido acarrió nuevas maneras de pensar y sentir en una sociedad alternativa.

Como consecuencia de la pandemia, en cuestión de días se pasó a una vida remota de emergencia, echando mano de las estructuras tecnológicas que cada uno tuvo a su alcance para hacer frente a un cambio de escenario y para el cual muy pocos estaban preparados. Como lo señala Preciado, el hogar de muchos se convirtió en:

La prisión blanda: bienvenido a la telerrepública de tu casa. El domicilio personal se ha convertido ahora en el centro de la economía del teleconsumo y de la teleproducción. El espacio doméstico existe ahora como un punto en un espacio cibervigilado, un lugar identificable en un mapa Google. (2020, p. 179)

La pandemia trastocó lo cotidiano. Bajo un nuevo ambiente en el que prevalecieron las noticias falsas, la infodemia, la paranoia, el estrés, la ansiedad y el aislamiento social, se impuso un estado de miedo y pánico colectivo. A partir del confinamiento todo cambió: la salida de casa, el trabajo, la compra de alimentos, la vida social, la escuela. Actualmente, enchufado a la pantalla en el hogar, el ciudadano común ha sido presa del alto consumo de cine y series en plataformas digitales como Netflix, HBO, Amazon Prime, Disney, Blim. Para muchas personas hubo pocos libros y mucho *Zoom*, pocas relaciones presenciales y muchas redes sociales (Medina et al., 2021). Como consecuencia de este abuso tecnológico, durante la pandemia surgieron otros problemas que abonaron a la desolación, como el trauma indirecto, el agotamiento o el desgaste emocional, que en muchos casos

fue resultado del acoso digital, la hipervigilancia, la inseguridad tecnológica, la suplantación de identidad, la pérdida de privacidad y la confidencialidad (Safety Net, 2021).

La digitalización creada por la pandemia –nos dice Han (2021a)– debilitó el vínculo comunitario dado que tuvo un efecto descorporizante, pues si bien los medios nos conectan, no nos relacionan. Añade que la tecnología afectó la vinculación que establecimos con el mundo, y en muchos casos produjo una comunicación sin resonancia, una comunicación que no nos dio la felicidad, a pesar de las *selfies* con las que aparentamos llenar los vacíos del día a día.

Fue bajo la crisis más aguda de la pandemia que la tecnología intervino en la relación que se estableció con el mundo. En algunos casos, la tecnología fungió como la principal protagonista, pues en ciertas situaciones fue determinante al cambiar la forma de comunicar y relacionarse, teniendo un peso distinto en todos aquellos que, mediante el uso de los diversos recursos tecnológicos a su alcance, aprendieron a establecer límites al interpretar la tecnología como un "medio para un fin" neutral (Verbeek, 2020).

Si bien aún no se sale de la emergencia provocada por la pandemia, el estado de resiliencia de cada persona ha sido fundamental al enfrentarla de múltiples formas. Después de la *digifrenia* padecida en los últimos meses (Rushkoff, como se citó en Leonhard, 2018), tarde o temprano vendrá la calma. Como lo señala Medrano (2021), debido a la hiperconexión se detuvo nuestra propia narrativa y los planes de lo que se quería hacer en la vida. Ha llegado el momento de retomar el rumbo.

Es posible que en poco tiempo el desasosiego social quede incluso en el olvido; no obstante, quedarán huellas difíciles de dejar detrás, como las nuevas formas de trabajar, de interactuar, de comprar o de vivir lo que será la escuela de los siguientes años. La sociedad será diferente, con nuevos retos y aprendizajes, siendo el factor humano la clave para el desarrollo de las siguientes generaciones. Como lo propone Lévinas (como se citó en Llorente, 2019), surgirá una responsabilidad ética hacia el otro, anteponiendo los intereses de los otros a los propios, dejando atrás el reflejo de pantallas televisivas, computadoras o de teléfonos móviles, atendiendo la necesidad de crear nuevas relaciones humanas y una comprensión de nuestra nueva realidad. Por ende, y siguiendo la línea de pensamiento de Balladares (2021), estamos a tiempo de propugnar por un humanismo postpandemia a partir de una ética digital, haciendo sobresalir nuevas relaciones

humanas con la tecnología, marcando nuevos estilos de vida de las presentes y futuras generaciones de ciudadanos digitales.

CONCLUSIÓN

A más de veinte años de haber iniciado el siglo XXI, la pandemia por Covid-19 ha sido un acontecimiento de dimensiones globales, lleno de hechos y sucesos que difícilmente serán borrados de la memoria colectiva de la humanidad. De forma intempestiva, el orden y la estabilidad social de los que aparentemente gozaban diversos sectores de la sociedad se vieron sacudidos ante lo inimaginable, a consecuencia de un virus que hasta ese momento era desconocido. El mundo en su conjunto se vio obligado al encierro y a tratar de encontrar salida a una catástrofe sanitaria que llevó a una parálisis de la vida económica y social de millones de personas, conduciendo al desconcierto ante lo desconocido, creando un ambiente de desolación personal y social en miles de ciudadanos.

Como sociedad postpandemia requerimos pasar del cambio y la transformación acelerada, a un proceso de recogimiento y reordenación de ideas de lo aprendido en los últimos meses. Muchos tendremos lecciones que compartir a las nuevas generaciones, quienes, tal vez escépticos, no logren comprender a profundidad la experiencia sufrida ante la mayor crisis sanitaria jamás vivida a nivel mundial. Sin dejar de perder el justo medio, fue mediante las herramientas a nuestro alcance como se logró sortear lo peor de esta pandemia mediante el uso de las redes sociales, Internet, al igual que infinidad de recursos comunicacionales que apoyaron las diversas transacciones sociales y de emergencia. Sin su presencia, el mundo hubiera entrado en una parálisis social, laboral y educativa de dimensiones inimaginables.

Ante el caos e incertidumbre ocasionados por los acontecimientos ya señalados, y como consecuencia de una digitalización exacerbada y sin control, la vida de los ciudadanos se enfrentó a una realidad que años antes ya se venía venir. La carencia de un análisis crítico al consumir los diversos contenidos de los que se dispone a través de los diversos medios de comunicación, condujo a un estado de indefensión en el que la proliferación de datos e información falsa nos ha obligado a aprender a “desinformarnos” para evitar caer en la manipulación y el engaño constante. De la misma manera, el uso y abuso de los medios electrónicos han afectado las experiencias emocionales de los internautas, por lo que además de un uso crítico y seguro de la tecnología, es indispensable desarrollar nuevas habilidades sociales, emocionales y cognitivas en la vida digital, aprendiendo a

concernos y reconocernos al utilizar estos recursos, y sobre todo a cultivar conversaciones reales y profundas con quienes más nos interesa hacerlo.

Por todo esto, y como una alternativa viable de escala global, este punto de inflexión nos obliga al análisis y la reflexión acerca de la necesidad de incorporar a nuestras vidas una ética digital (Leonhard, 2018). En este sentido, y retomando la idea central de Penprase (como se citó en Gleason, 2018), es momento de hacer un alto en el camino y establecer un imperativo ético para nuestra nueva condición humana para dejar de vernos a nosotros mismos desde una posición humanista antropocéntrica, dando paso a una perspectiva posthumanista crítica, más abierta, más social, y sobre todo más solidaria.

Como lo sugieren Balladares-Burgos y Jaramillo-Baquerizo (2022), ante la carencia de una regulación en la utilización de los recursos electrónicos (como es el caso de las redes sociales) y como parte de una ética digital, es primordial que la ciudadanía asuma una mayor responsabilidad y autorregulación ante su consumo. Ya no se puede ser indiferente ante los valores y derechos que orientan el tipo de participación requerida en el mundo digital pues es momento de legitimar la dignidad humana, y asimismo promover valores que apuesten al discernimiento, el descubrimiento y la configuración de referentes éticos en el actuar, vivir y convivir con otros, de manera presencial o virtual. La nueva normalidad postpandemia urge a un saber ético desde el hogar, la escuela y el trabajo para que –sobre todo– las nuevas generaciones aprendan a reflexionar acerca del modo de ser y actuar digitalmente, y creen una conciencia que los oriente hacia una libertad responsable en el uso y manejo de la tecnología, las redes e Internet; una libertad encaminada a la construcción de una *ciberciudadanía* que, como escribe Han (2021b), en lugar de la anulación de lo humano nos encamine hacia una era más allá del solo intercambio de información y evite que la “era del corazón” quede atrás.

Por lo tanto, y antes de seguir pensando en lo que viene o ya está –como el caso del metaverso (una combinación de redes sociales, videojuegos online, y realidad aumentada y virtual), la inteligencia artificial, la robotización, el Internet de las cosas, entre muchos otros escenarios “tecnologizantes”– tenemos que darnos tiempo para la reflexión y tratar de encontrar alternativas que beneficien a las generaciones más jóvenes en relación a la manera de consumir, producir e interactuar con la tecnología.

Ante todo, la alfabetización digital ya no es suficiente, por lo que es pertinente seguir las recomendaciones del DQ Institute (2018), organismo que se encarga de estudiar los riesgos cibernéticos a los que se expone la niñez. Bajo su visión se sugiere a padres, formadores y sociedad en general, evaluar la habilidad para el manejo del tiempo en la pantalla de los más jóvenes; analizar la forma en que se requiere dicho tiempo de pantalla, al ofrecer información personal en línea para aprender a detectar situaciones de ciberacoso; construir y manejar identidades saludables en las redes sociales, para desarrollar la habilidad para comprender la naturaleza de las huellas digitales y sus consecuencias en la vida real, aprendiendo a proteger los datos personales al crear contraseñas fuertes y manejar varios ciberataques como el correo basura (SPAM), los engaños y el fraude electrónico; aprender a distinguir entre información verdadera y falsa (contenido bueno o dañino); y evaluar la habilidad para mostrar empatía con respecto a las necesidades y sentimientos en línea.

Finalmente, y como parte de la teoría de la complejidad, frente a un estado de caos e incertidumbre, se requiere promover en la niñez estrategias de afrontamiento ante lo inesperado (una educación para lo imprevisto) para, de esta forma, emprender la formación de ciudadanos autorregulados, adaptativos, cambiantes y resilientes, con mayor inteligencia, no solo digital, sino también emocional e interpersonal.

REFERENCIAS

- Arenas-Dolz, F. y Fernández, J.A. (2015). *Pensamiento filosófico contemporáneo*. Open Libra.
<https://bibliotecavirtualcunori.wordpress.com/2018/11/16/pensamiento-filosofico-contemporaneo/>
- Balladares, J. (2017). Una ética digital para las nuevas generaciones digitales. *Revista PUCE*, (104), 543-563. <https://doi.org/10.26807/revpuce.v0i0.81>
- Balladares, J. (2021). *Hacia un nuevo humanismo post-pandemia a partir de una ética digital*. Telos, Fundación Telefónica.
<https://telos.fundaciontelefonica.com/hacia-un-nuevo-humanismo-post-pandemia-a-partir-de-una-etica-digital/>
- Balladares-Burgos, J., y Jaramillo-Baquerizo, C. (2022). Valores para una ética digital a partir de las generaciones digitales y el uso de las redes sociales: una revisión de la literatura. *593 Digital Publisher CEIT*, 7(1), 40-52. <https://doi.org/10.33386/593dp.2022.1.747>
- Ballester, Ll., y Colom, A. (2017). *Epistemologías de la complejidad y educación*. Octaedro.
- Brey, A., Innerarity, D., y Goncal, M. (2009). *La sociedad de la ignorancia y otros ensayos*. Infonomía.
- Castells, M. (16 de noviembre de 2019). Entrevista de Jorge Fontevicchia a Manuel Castells. *Diario Perfil*.
- DQ Institute (2018). *2018 DQ Impact Report. Outsmart Cyber-Pandemic. Empower every child with digital intelligence by 2020*. https://www.dqinstitute.org/2018dq_impact_report/
- Fumero, A. (2007). *Web 2.0*. Fundación Orange.
- Gleason, N. (Ed.) (2018). *Higher Education in the Era of the Fourth Industrial Revolution*. Palgrave Macmillan. <https://doi.org/10.1007/978-981-13-0194-0>
- Han, B.-C. (2014). *En el enjambre*. Herder.
- Han, B.-C. (2016). *La sociedad de la transparencia*. Herder.
- Han, B.-C. (2020). *La desaparición de los rituales*. Herder.
- Han, B.-C. (21 de marzo de 2021a). Teletrabajo, “zoom” y depresión. *Diario El País*. Ideas.
- Han, B.-C. (2021b). *No-cosas. Quiebres de mundo de hoy*. Taurus.
- Leonhard, G. (2018). *Technology versus humanity*. The Futures Agency.
- Llorente, J. (2019). *Lévinas*. Editorial RBA.
- López, M. A. (2022). De la sociedad de la desinformación a la sociedad de la desolación (15). *A&H, Revista de Artes, Humanidades y Ciencias Sociales*. 53-68.

- López Carrasco, M. A. (2017). El aprendizaje digital y los procesos formativos, mediados y distribuidos. En J. Fernández, G. Barajas, y D. Flores (Eds.), *Educación continua y educación permanente. Entre la docencia y el saber profesional* (pp. 171-193). Editorial Newton.
- Medina, M. A., Silva, R. y Blanco, P. (13 de marzo de 2021). Así nos ha cambiado un año de pandemia. *El País*.
- Medrano, I. (2021). Lo físico y lo digital: la búsqueda del equilibrio. *EnlightED. Hybrid edition 2021*. Simposio sobre educación, tecnología e innovación. Madrid, España.
- Monereo, C. (noviembre de 2004). La construcción virtual de la mente: implicaciones psicoeducativas. *Interactive Educational Multimedia*, (9). <http://www.ub.es/multimedia/iem>
- Peña, J. A. (2010). La concepción filosófica de lo virtual en la educación virtual. *Revista Colombiana de Educación*, (58), 118-138.
- Preciado, P. B. (2020). Aprendiendo del virus. En N. Borri, (Comp.), *Sopa de Wuhan. Pensamiento contemporáneo en tiempos de Pandemias* (pp. 163-185). Editorial ASPO (Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio).
- Ramentol, S. (2004). *Teorías del desconcierto*. Urano.
- Reig, D. y Vílchez, L. F. (2013). *Los jóvenes en la era de la hiperconectividad: tendencias, claves y miradas*. Fundación Telefónica y Fundación Encuentro.
- Safety Net (2021). *Abuso tecnológico en la pandemia y más allá. Reflexiones desde el campo*. Safety Net Project. National Network to end Domestic Violence. <https://www.techsafety.org/abuso-tecnologico-en-la-pandemia>
- Scolari, C. (2010). Pensando lo “post”, en espera del “pre”. En H. P. Kuklinski, (Ed.), *Geekonomía. Un radar para producir en el postdigitalismo* (pp.15-18). Publicacions i Edicions de la Universitat de Barcelona Col·lecció Transmedia XXI.
- Sprondel, J., Breyer, T. y Wehrle, M. (13 de octubre de 2011). *Cyber Anthropology-Being Human on the Internet*. 1st Berlin Symposium on Internet and Society. http://papers.ssrn.com/sol3/papers.cfm?abstract_id=1943399
- Taleb, N. N. (2007). *El cisne negro. El impacto de lo altamente improbable*. Paidós.
- Torres, R. M. (21 de abril de 2005). *Sociedad de la información/sociedad del conocimiento*. https://vecam.org/edm/article.php3?id_article=94

Ursúa, N. (2014). “e” - Epistemología: un desafío y una respuesta filosófica al mundo digital.

Daimon. Revista Internacional de Filosofía, (61), 55-74.

<http://dx.doi.org/10.6018/daimon/155871>

Verbeek, P. P. (2020). *Philosophy of technology and design shaping the relations between humans and technologies*. University of Twente.

Žižek, E. (2020). Coronavirus es un golpe al capitalismo al estilo de ‘Kill Bill’ y podría conducir a la reinención del comunismo. En N. Borri, (Comp.), *Sopa de Wuhan. Pensamiento contemporáneo en tiempos de Pandemias* (p. 21-28). Editorial ASPO (Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio).